HISTORIAS DE LA MAR

LA FACETA NAVALISTA DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

REEMOS que ha sido poco divulgado el que Bécquer, el poeta romántico cuyas «Rimas» y «Leyendas» han deleitado y conmovido a generaciones de lectores en lengua castellana, fuera capaz de escribir también, con seriedad, acierto y hasta entusiasmo, de nuestra Armada.

Pocas cosas son casuales, sin embargo, y ésta tampoco lo era. Bécquer, nacido en Sevilla el 17 de febrero de 1836, y prematuramente huérfano, ingresó con diez años recién cumplidos, el 1 de marzo de 1846, en el Colegio de San Telmo de la capital bética, permaneciendo allí como alumno hasta el cierre de la institución por Real Orden de 7 de julio de 1847.

Como nuestros lectores recordarán, el Colegio de San Telmo sevillano se fundó en 1681, durante el reinado de Carlos II, dependiente de la Universidad y de la Casa de Contratación como escuela de navegación y ante la necesidad de regular unos estudios antes basados en la voluntad autodidacta o en el empirismo de la experiencia. Más de un siglo después, en tiempos de Carlos III, se fundó otro en Málaga, dependiente del consulado de esta ciudad portuaria.

De uno y otro salieron bastantes de nuestros mejores marinos mercantes y de guerra, pero los tiempos sentenciaron a los dos durante la infancia de

Gustavo Adolfo Bécquer. Retrato (1856) por Valeriano Bécquer.

Bécquer: el de Málaga, condenado por la pérdida de América y del intenso tráfico con las colonias, tras una lenta agonía, cerró la entrada a nuevos alumnos en 1841. El de Sevilla se vio afectado a su vez por la creación del Colegio Naval de San Fernando en 1845 y la supresión del Cuerpo de Pilotos de la Armada, sobreviviendo, como hemos dicho, apenas dos años a ambas medidas (1).

Resulta difícil exagerar la importancia de los colegios de San Telmo en nuestra vida nacional, no ya sólo en las vertientes marítima o naval, sino en otras áreas bien distintas. Por citar sólo dos ejemplos, y de su última y ya precaria existencia, cabe recordar que dos figuras del relieve de don Antonio Cánovas del Castillo, el gran estadista e intelectual, y don Juan Valera, diplomático y novelista, sintieron muy de cerca en sus trayectorias personales la influencia del colegio malagueño. El padre del malagueño Cánovas fue allí profesor hasta su cierre, sobreviviendo poco al colegio, mientras que el del cordobés Valera, marino depurado por Fernando VII por sus ideas liberales, fue a la muerte del rey nombrado primero comandante del Tercio Naval de Málaga y, posteriormente, director del San Telmo en la misma ciudad (2).

Poco sabemos del niño Bécquer durante su estancia en el hermoso colegio sevillano, sólo que ya empezó a despuntar su genio literario al escribir allí su primera obra, un drama, «Los Conjurados», que es de suponer siguiera, aunque con la obvia ingenuidad infantil, la moda romántica de entonces de «dramones» históricos.

Posteriormente, Bécquer se orientó a la bohemia vida del escritor y poeta de entonces, poco en consonancia con aquellos truncados estudios, pero la semilla entonces sembrada, y por lo que sabemos prácticamente olvidada, germinó con fuerza bastantes años después.

---

(1) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Disquisiciones Náuticas*. Vol IV. Ministerio de Defensa, Madrid, 1996, pp. 209-229.

(2) BRAVO VILLASANTE, Carmen: *Vida de Juan Valera*. Magisterio Español, Madrid, 1974, pp. 13 y 16. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín R.: *Bibliografía de Don Antonio Cánovas del Castillo*, en «Obras Completas de Cánovas del Castillo», tomo IX, Fundación Cánovas. Madrid, 1998 (en prensa).

La guerra del Pacífico

Instalado ya desde hacía tiempo en Madrid, y tras diversos escritos y trabajos, entre ellos el de crítico literario del diario «La Época», donde seguramente conoció a Cánovas, Bécquer comenzó sus colaboraciones en el semanario «El Museo Universal», la típica revista ilustrada de entonces, con cuidadosos grabados y cuyos contenidos iban de la crítica de costumbres, las novedades artísticas, geográficas o científicas, a la inevitable novela por entregas y a otras muchas cosas. Pero la sección más seria e influyente, que encabezaba la publicación con el carácter de editorial, era la *Revista Semanal*, que redactó Bécquer desde junio de 1865 a septiembre de 1866.

Huyendo de la política nacional, pues eran los últimos años del reinado de Isabel II, prólogo de la revolución de 1868 que la llevaría al exilio, los menos adecuados para polémicas políticas, los comentarios de la sección se centraban en la política internacional, y así se consideraban las tensiones que llevaron a la guerra entre la pujante Prusia e Italia contra el ya decadente imperio austriaco y otras cuestiones europeas, mostrándose en sus análisis Bécquer muy lejano de sus registros románticos, como un serio e informado observador.

Pero, y como habrá recordado el lector, por aquellas mismas fechas tuvo lugar la llamada guerra del Pacífico entre España y las repúblicas sudamericanas de Chile, Perú, Ecuador y Bolivia, guerra especialmente triste por enfrentar a naciones hermanas y cuyas causas nunca estuvieron muy claras, pero que se saldó honrosamente por la conducta tan serena como valerosa de nuestra escuadra, que supo merecer el aplauso y la admiración de la opinión española. Inevitablemente, Bécquer realizó una crónica de la guerra, creemos que hasta ahora inédita, por lo que ofreceremos una amplia referencia de sus palabras.

Aparte del interés que deriva por ser Bécquer el autor de aquellas líneas, creemos que sus artículos son buena muestra de cómo vivió el pueblo español la guerra, de sus temores y de sus esperanzas, de sus penas y estallidos de emoción patriótica. Escritas al hilo de los acontecimientos, cuando las noticias aún tardaban meses en llegar a la Península, y lo hacían muchas veces envueltas en rumores de las más improbables procedencias, estas crónicas nos devuelven el clima popular en que las conversaciones de los españoles de la época, en cafés, tertulias y mentideros, se centraban en el puñado de buques que, a miles de millas de la patria, luchaban por nada más y nada menos que el honor de su bandera.

No cabe pues esperar exactitud en alguna de las afirmaciones de Bécquer, pues entonces aún no se conocían los hechos en detalle, pero observaremos cómo su registro, muy lejano del tono lírico de sus obras más conocidas, es el del que sabe de lo que se está hablando y juzga con ecuanimidad, salvo, tal vez, por algún exceso explicable por el tajante patriotismo de la época.

Evitaremos al lector las partes que hacen referencia a los antecedentes y primeros incidentes de la contienda, para centrarnos, como hizo el autor, en la parte más estrictamente naval.

El combate de Papudo

Desgraciadamente, las primeras noticias fueron desoladoras:

«La noticia del apresamiento de la goleta *Covadonga*, llevado a cabo en las aguas de Coquimbo por una fragata chilena, ha sido pues el tema de todas las conversaciones durante los primeros días de la semana.»

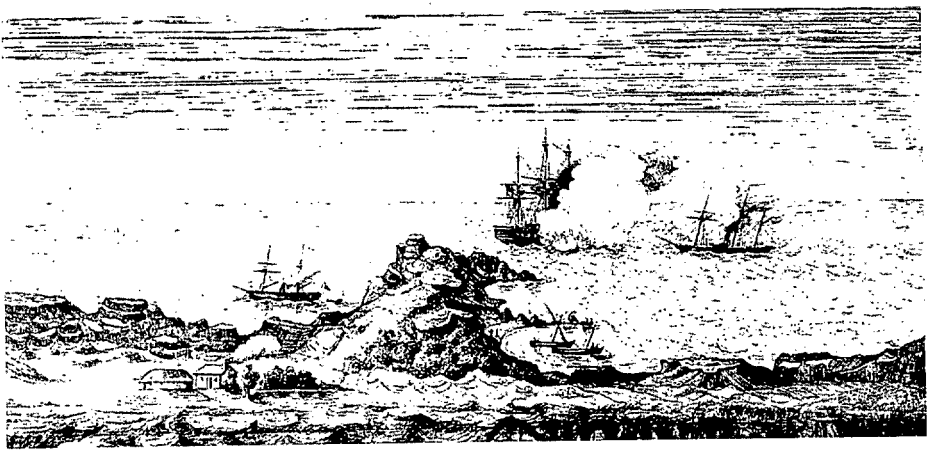
«Acerca de los pormenores del combate que dio por resultado el apresamiento de la *Covadonga*, han circulado versiones muy distintas, y nada tiene esto de extrañar, toda vez que, según la declaración del Gobierno en las Cortes, la noticia se ha recibido por conducto extraoficial. Lo verdaderamente triste es que, mientras el suceso no se conoce en todos sus detalles, los periódicos extranjeros, hostiles a nuestros intereses y a nuestra política en aquellos países, sacan partido de esta cuestión para rebajarnos a los ojos del mundo.»

«*La Presse*, por ejemplo, dice que la fragata chilena *Esmeralda* hizo hasta quince disparos y que todos alcanzaron a la *Covadonga*, mientras ésta le contestó con nueve, de los cuales ni uno sólo tocó al buque enemigo, arriando por fin la bandera española y entregándose a discreción después de un combate que duraría veinte minutos lo más. Esta relación es tan apasionada como inverosímil, *La Presse* se sabe que es uno de tantos periódicos que hay en el extranjero, que parafraseando a nuestro Lope de Vega:

Pues lo paga Chile
creen que es justo,
trocar las cosas
para darle gusto.»

«Pero no necesitábamos nosotros saberlo para resistirnos a creer ciertos detalles, que habiendo ocurrido tal y como el periódico francés los refiere, dejarían en mal lugar a nuestra Marina. No vale ciertamente a los chilenos el recuerdo, por ser demasiado grande para tan pequeña ocasión, más en caso de duda, nos hubiera bastado traer a la memoria los nombres de Lepanto y Trafalgar para adquirir el convencimiento de que los mismos, que tan gloriosamente han sabido vencer y sucumbir en otras ocasiones, no desmentirían en ésta la tradición de la Marina española.»

«En efecto, según la relación que se cree más conforme con las noticias del gobierno, la *Esmeralda*, de 26 cañones, merced a una indigna estratagema y arbolando bandera inglesa, logró sorprender nuestro buque, disparándole de



Combate de la goleta *Covadonga*, con la corbeta chilena *Esmeralda*. Dibujo a plumilla de Javier de Santiago y Hoppe (1819-1886). Museo Naval. Madrid.

improviso una andanada que dejó fuera de combate a varios hombres de la tripulación, desmontando al mismo tiempo el principal de los dos cañones con que podía defenderse. La *Covadonga*, no obstante, hizo un disparo que derribó la chimenea de la *Esmeralda*, pero, viendo la imposibilidad de sostener una lucha con tan desiguales fuerzas, trató de quitar los tornillos para irse a fondo, lo que indudablemente hubiera hecho de haberles dado lugar a ello los enemigos, que se precipitaron al abordaje sobre la goleta.»

«Este ha sido el triunfo que han obtenido los chilenos...» (3).

Realmente, el combate había sido muy desigual; como se recordará, la *Covadonga* no era más que una pequeña goleta de hélice, de casco de madera, que desplazaba 420 toneladas, y con su máquina, de 140 CV, en muy mal estado. La armaban dos cañones, y su dotación, al mando del teniente de navío Luis Fery, era de unos 125 hombres. Su enemiga, la corbeta chilena *Esmeralda*, era un barco mucho más poderoso (aunque la clasificación que le daba Bécquer de fragata era exagerada), botada en Gran Bretaña en 1855, máquina de 200 CV que impulsaba un casco de 850 toneladas, también de madera, pero mucho más poderosamente armado, con 18 piezas de a 32 y dos más pequeñas, con una dotación, reforzada para el caso, de unos 400 hombres, al mando de Juan Williams Rebolledo. Pese a su superioridad, la corbeta chilena arboló bandera británica para acercarse a la desprevenida *Covadonga*, arriándola sólo tras lanzar la primera andanada. Pese a todo ello, el combate duró cincuenta minutos, hasta que con 22 muertos y heridos, y viendo imposible la resistencia, Fery se resignó a la rendición al mismo tiempo que ordenó

(3) *El Mundo Ilustrado*, «Revista Semanal», Madrid, 21-I-1866.

se inundase el barco. Pese a que los chilenos entraron rápidamente en la goleta y atajaron las vías de agua, les llevó dos días asegurar su presa. En cuanto a la española, sólo pudo hacer tres disparos de cañón, acertando con dos a su enemiga en la mura de babor y partiendo la botavara. Hacía bien Bécquer en desconfiar de las versiones del combate publicadas por la prensa extranjera (4).

Como advertimos, las noticias tardaban en llegar: el combate tuvo lugar el 26 de noviembre de 1865, y en España, de forma extraoficial e incompleta, no se supo nada hasta mediados de enero.

Bécquer se extiende después sobre la noticia del suicidio del almirante Pareja, al mando entonces de la escuadra española en aquellas aguas, que seguramente se explica por la dolorosa noticia, pero se congratula de su relevo:

«...Don Casto Méndez Núñez, inteligente marino en cuya capacidad y resuelto ánimo se fundan grandes esperanzas y el cual, sin andar en contemplaciones, habrá ya tomado revancha, arrasando la costa de ese país, que ha interpretado como miedo lo que ha sido por nuestra parte un exceso de consideración... y obligando a la *Esmeralda*, que tan satisfecha se mostrará de su fácil triunfo, a que se escape de nuestra ira huyendo a otros mares.»

En una crónica posterior, Bécquer insiste sobre las consecuencias del penoso hecho:

«Hay un adagio muy conocido que dice que no hay mal que por bien no venga. Lo que respecta a la cuestión de Chile y el apresamiento de la *Covadonga*, viene en cierto modo a justificar el adagio. Que el triste suceso que ha llenado la indignación de todas las almas verdaderamente españolas ha sido un mal, no hay para qué afanarse en probarlo; tratemos de averiguar ahora los bienes que a consecuencia de este mal nos han venido. Por lo pronto, el interés que esta cuestión tiene en sí misma, avivada por tan notable incidente, contribuye de una manera eficaz a que se fijen los ojos en aquellos apartados países, desviándolos un punto de las pequeñeces y miserias de nuestras luchas políticas...» (5).

El combate de Abtao

Los rumores más o menos fundados no dejaban de llegar, unos hablaban de un combate de la *Resolución* contra varios buques chilenos, y otros de que la

(4) CONCAS y PALAU, Víctor: *El combate naval de Papudo*. Madrid, 1896 y *Documentos relativos a la Campaña del Pacífico* (1863-1867). Museo Naval, Madrid, 1966 y 1994. Vol III, pp. 165-167 y 308-312.

(5) *El Mundo Ilustrado*, 28-I-1866.

Blanca, en combate singular contra tres vapores chilenos y cuarenta lanchas armadas, había echado a pique a dos enemigos y obligado a retirarse a los demás. Incluso se habló de que la *Esmeralda* y la *Covadonga* habían sido sorprendidas por una fragata española, que hundió a una y apresó o represó a la otra.

Otros rumores, insistentes durante toda la guerra, y que seguramente tenían su origen en la experiencia de las guerras de independencia americanas, todavía muy cercanas en el recuerdo, era que chilenos y peruanos, que ya estaban intentando comprar toda clase de buques de guerra en Europa, estaban utilizando éstos, o concediendo patentes de corso a cualquier aventurero para atacar el tráfico marítimo español, y quién sabe si las propias costas o las colonias. En este sentido, la entrada en servicio de la fragata blindada *Tetuán*, cuyo grabado reproducía la revista, es valorada como un oportuno refuerzo. También, empezando por Méndez Núñez, la revista publicaba retratos y semblanzas biográficas de los mandos de la escuadra.

En el escenario principal de la guerra, por entonces las costas chilenas, hay noticias de que la escuadra española se ha reagrupado en Valparaíso, evitando la dispersión anterior motivada por el bloqueo de diversos puertos, y que se prepara para atacar a la escuadra aliada, al mando del afortunado vencedor de la *Covadonga*. Del resultado del nuevo combate no se duda:

«Por lo que se refiere a nosotros, es tan grande la confianza que tenemos en los valientes marinos encargados de mantener en aguas del Pacífico el pabellón nacional a la altura que le corresponde que hacemos los más fervientes votos porque ese encuentro se realice, en la seguridad de que su resultado dará ocasión a «El Mundo», encargado de ilustrar en sus columnas los sucesos más notables, para ofrecer a sus lectores una nueva y gloriosa página de los anales de la Marina española, tan fecunda ya en hechos brillantes y heroicos» (6).

Al fin llegan noticias del combate de Abtao, de 7 de febrero de 1866, y de la hazaña de las *Villa de Madrid*, al mando de Claudio Alvargonzález, y *Blanca*, al de Juan Bautista Topete, al adentrarse en el peligroso laberinto de Chiloé para buscar y destruir a la escuadra aliada, que se ha refugiado allí , ahora al mando del capitán de navío peruano Manuel Villar, por ausencia de Rebolledo, compuesta de la fragata *Apurimac*, las corbetas *Unión* y *América,* todas peruanas, y los vapores chilenos *Maipú* y *Lautaro*, aparte de la apresada *Covadonga*. Resulta difícil exagerar las dificultades de la navegación por aquellos parajes, pues allí mismo perdieron los aliados la fragata peruana *Amazonas*, al chocar contra un escollo el 15 de enero. Pero con sus cañones y dotación los aliados fortificaron la estrecha entrada al fondeadero de la escuadra.

(6) Ibíd. de 11-III-1866.

Tan estrecha era que las fragatas españolas tuvieron que disparar por turno contra los seis buques aliados y baterías instaladas en las alturas que custodiaban la boca. Pese a ello, el tiro español, dadas la distancia y los escasos elementos de puntería de la época, resultó mucho mejor que el aliado, sufriendo las dos fragatas españolas sólo siete impactos en el casco, de escasa importancia, y algunos en el aparejo la *Villa de Madrid*, que tuvo sólo cuatro heridos, ninguno grave, y siete con ligeras contusiones, mientras que la *Blanca* tuvo otros dos heridos y algún contuso, con ligeras averías. Por contra, la *Apurimac* recibió tres balazos en la línea de flotación, y la *Unión* registró un total de 12 muertos. La caída de la noche motivó la retirada de los buques españoles.

Aunque los aliados cantaron victoria al proclamar que habían hecho retirar a las fragatas españolas, lo cierto es que, aparte del poco decisivo intercambio de fuego, habían perdido al refugiarse en dichos parajes a la fragata *Amazonas*, como hemos dicho, y durante el combate encalló el *Lautaro*, al que se hundió posteriormente para evitar su captura. Y por si fuera poco, la escuadra aliada, juzgando poco seguro su refugio, terminó por retirarse a uno aún más recóndito y fortificado, en el estuario de Huito. Allí fue de nuevo a buscarla Méndez Núñez el 17 de febrero, poco satisfecho con el resultado anterior, con la *Numancia* y la *Blanca*, pero esta vez el ataque fue imposible, debido a que la nueva posición era aún más inaccesible, sobre todo por el gran calado de los buques españoles, especialmente de la blindada *Numancia*, mucho mayor que el de sus más pequeños enemigos.

No era poco lo conseguido, pues, aparte de provocar la pérdida de dos buques al enemigo, la escuadra aliada no intentó salir de su refugio, abandonando por completo el dominio del mar a la española, evidentemente muy superior. Pero una cierta decepción por no haber logrado una victoria más completa se deja notar en las palabras de Bécquer:

«Si es verdad que el combate de Chiloé, a juzgar por lo que de él nos dice *La Gaceta*, no ha sido tan decisivo como fuera de esperar, siempre por las condiciones y desventajas en que se hallaban nuestros buques arrostrando a un tiempo el fuego de los contrarios y los peligros que ofrecen aquellas costas, habrá de considerársele como una acción brillante en que los jefes de la *Blanca* y *Villa de Madrid* han demostrado el valor y los conocimientos facultativos tradicionales en la Marina española.» (7).

La revista ofrece además un plano del combate, el luego tantas veces reproducido, con breves y atinadas notas de su desarrollo, pero Bécquer no resiste la tentación de satirizar las medidas defensivas del enemigo en su nuevo fondeadero:

---

(7) Ibíd. de 8-IV-1866.

«Por el pronto, la escuadra chileno-peruana sigue escondida en el puerto de Huito, viendo, como suele decirse, los toros desde el andamio. Huito es un puerto que no tiene más entrada que un canal estrecho y peligroso, inaccesible a buques de alto bordo y defendido naturalmente por los bajíos y rocas que dificultan su navegación. Pero a la prudente escuadra enemiga no le ha parecido bastante estas defensas y por *si fortis* ha recurrido a la seguridad personal de sus tripulaciones con las siguientes frioleras: a la boca del canal se ha colocado un fuerte con baterías de cañones rayados de a 120; más lejos, un buque lleno de pólvora para hacerlo volar a la aproximación de nuestras fuerzas y, por si la explosión del buque no diera resultado, aguardan un poco más allá dos de esas máquinas infernales submarinas llamadas torpedos (minas). Con estos aprestos de defensa, cuya retaguardia forman varias cadenas tendidas, otro buque cargado de materias inflamables y un segundo y último fuerte con baterías de cañones de un calibre desmesurado, parece que el jefe de la escuadra enemiga se siente un poco tranquilo aguardando el fin de los sucesos. ¡Lástima de dinero empleado en semejante marina! ¿Y eran ésos los bravos con que contaba la república chilena para el combate naval, que en un ridículo cartel de desafío propuso su presidente al señor Méndez Núñez?» (8).

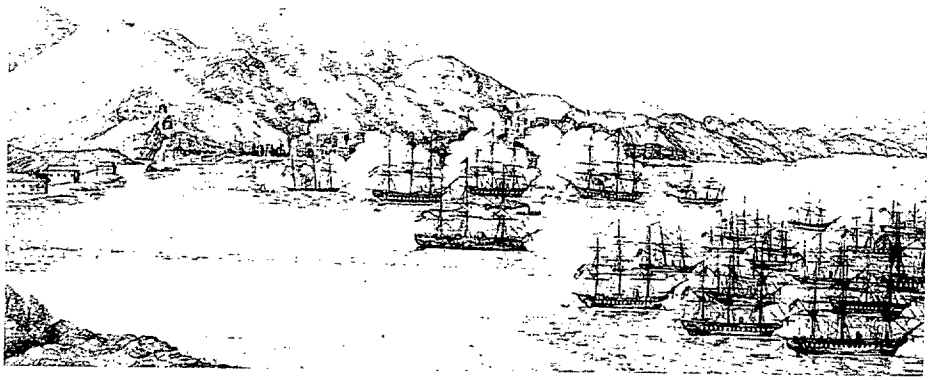
No vamos a entrar en una discusión sobre la exactitud de estos datos, pero en cuanto a la crítica a la pasividad de la escuadra aliada, cabe recordar que los mismos chilenos bromeaban a costa de la prudente escuadra, apodándola la «Armada Invisible». Es cierto que, dada su aplastante inferioridad con respecto a la española, no podía arriesgarse a un combate abierto, pero tal vez pudo hacer algo más que autoprotegerse y abandonar por completo, indefensas sus costas y tráfico, a la acción del enemigo.

El resultado fue el apresamiento de casi la totalidad de la marina mercante chilena, incluyendo al *Maule*, con más de un centenar de marinos y militares chilenos, al mando del capitán de corbeta Luis A. Lynch, y al *Matías Cousiño,* aparte de otros buques neutrales, pero a su servicio.

El bombardeo de Valparaíso

La contienda estaba en un «impasse»: ni era posible vengar la afrenta de la *Covadonga* luchando con la escuadra coaligada, ni el gobierno chileno se avenía a un canje por los buques mercantes o los transportes apresados, ni era aceptable su propuesta de un «duelo naval» entre fuerzas equivalentes de ambas escuadras. Las negociaciones fracasan, y el gobierno español propone bombardear los principales puertos chilenos. Méndez Núñez se opone, tanto por humanidad como por considerarlo impresentable ante la opinión mundial,

(8) Ibíd de 3-VI-1866.



Bombardeo de Valparaíso por la escuadra de Méndez Núñez. Dibujo a plumilla de Javier de Santiago y Hoppe (1819-1886). Museo Naval. Madrid.

y al final el castigo queda reducido a bombardear los edificios estatales de Valparaíso tras avisar a la población civil para que la evacúe en un plazo de ocho días.

Incluso de esta manera, a Méndez Núñez le repugna cumplir con lo que considera un penoso deber: bombardear una ciudad indefensa, pues se han desmontado los cañones que defendían el puerto, pero, así y todo, está dispuesto a cumplir las órdenes, pese a la actitud francamente hostil de las flotillas británica, al mando de Lord Denman, y estadounidense, al mando de Rodgers, que empiezan los preparativos para el combate con el fin de disuadir al jefe español.

Pero la firme voluntad de Méndez Núñez se impone, los barcos anglosajones deponen su actitud y el bombardeo se produce el 31 de marzo de 1866, provocando unas pérdidas materiales muy cuantiosas, casi 15 millones de dólares de la época, pero apenas sin víctimas, debido al aviso y largo plazo de evacuación.

No faltaron, como era de esperar, las más duras críticas contra la conducta de la escuadra española, y no sólo entre los agredidos; pero en España, inquieta porque la cuestión parecía eternizarse sin arreglo posible y en detrimento de la honra e intereses españoles, el juicio no pudo ser más favorable. Bécquer se hace portavoz de esa satisfacción:

«Buen principio ha tenido la semana última. ¡La afrenta hecha a nuestros valientes marinos con el apresamiento de la *Covadonga* está vengada! ¡La escuadra española ha bombardeado a Valparaíso! He aquí las frases que se han repetido con entusiasmo durante los primeros días por todo el país al llegar hasta sus más apartados rincones esta lisonjera noticia. Tiempo hacía que en medio de los sinsabores que a cada paso ofrecen las dificultades de la política

interior esperábamos la compensación en una poca de gloria adquirida por nuestras armas en aquellos países remotos.»

«Ha bastado que el gobierno dejase al jefe de la escuadra española libertad de obrar enérgicamente para que la guerra dé un gran paso hacia su término. La firme persuasión de que se podría concluir en un momento ha influido, sin duda alguna, en el exceso de consideraciones diplomáticas que vienen dificultando y entorpeciendo la resolución de este asunto desde que se planteó en el terreno de la fuerza. El acto de energía que hoy aplaudimos todos, llevado a efecto hace algunos meses, hubiera dado a estas fechas resultados tanto o más ventajosos que los que han de tocarse a consecuencia del bombardeo de Valparaíso. Sin embargo, más vale tarde que nunca. Puesto una vez en este camino, la Marina española, cuya pericia y arrojo se han hecho evidentes, sabrá ganar el tiempo perdido, probando a los que todavía abriguen alguna duda respecto al particular, que el no haber humillado antes a nuestros contrarios tomándonos por nuestra mano la justicia y la reparación que nos niegan, ha sido más sobra de longanimidad y consideraciones que falta de valor y medios.» (9).

Pero aún se remacha más a la semana siguiente:

«Apenas se ha entrado en el verdadero periodo de acción y de energía, la cuestión de Chile y el Perú se ha presentado bajo una nueva faz. En punto a derecho internacional, por más lamentable que esto sea, aún necesitan las reclamaciones más justas de la acentuación de algunos cañonazos para que se las entiendan bien. En tanto que nos hemos mantenido en el límite de las contemporizaciones, todo el mundo parecía negarnos la razón, todo el mundo se conceptuaba con derecho para añadir una dificultad más a las muchas con que luchábamos sin resultado en este asunto. A la luz de los fuertes incendiados de Valparaíso, las potencias neutrales han visto al fin las cosas más claramente, y si seguimos aportando al debate razones del calibre de las bombas arrojadas a la ciudad enemiga, hasta los mismos chilenos y peruanos acabarán por conceder que tenemos sobrada razón.»

«Ocupándose la Cámara inglesa recientemente de los asuntos del Pacífico, aunque tarde, se ha visto precisada a hacer justicia a nuestra Patria. En su seno se han levantado hombres distinguidos por su talento y su posición oficial para pagar un merecido tributo de elogios a la conducta de nuestros valientes marinos y particularmente del jefe que los guía.»

«El señor Méndez Núñez, en quien desde luego colocó el país sus mas lisonjeras esperanzas, y que por las cualidades de carácter, de entendimiento y energía, de que antes de ahora ha dado pruebas, parecía llamado desde luego a desempeñar un papel brillante en esta ocasión, ha respondido a la confianza

(9) Ibíd. de 20-V-1866.

que en él depositó el gobierno... (y tales elogios del parlamento británico y de la prensa extranjera) ...deben llenarnos de legítimo orgullo.»

«A propósito de esta cuestión se refiere un diálogo que merece ser conocido. Parece que al cumplirse el término señalado por el señor Méndez Núñez para proceder al bombardeo, se presentó en su cámara el comodoro americano con objeto de hacer una última tentativa en favor del arreglo. Perdida la esperanza de conseguirlo y no encontrando razones sólidas que oponer a las que aducía el jefe de nuestras fuerzas navales en apoyo de su conducta, exclamó en tono interrogativo después de un corto momento de pausa "Y si en el acto de ir a romper el fuego me interpusiera yo entre la ciudad y la escuadra española, ¿qué haría usted?" Méndez Núñez, sin sorprenderse, a pesar de lo inesperado de la pregunta, le contestó con gran sencillez: "Comenzaría por echarlo a usted a pique y luego cumpliría las órdenes de mi gobierno"» (10).

El bombardeo de El Callao

Quedaba aún el Perú, país con el que se había iniciado la enojosa cuestión, y que estaba fortificando su puerto de El Callao; así la escuadra podría, a la vez que ejercer represalias, demostrar a todos que sabía hacer algo más que bombardear ciudades indefensas. Y que esta segunda consideración, por el honor de la escuadra y por el del país cuyos intereses defendía, fue la fundamental, lo prueba la conducta de Méndez Núñez, al decidir el bombardeo pese a recibir órdenes de dejar aquellas aguas, con su famoso «Convengamos que ha llegado usted mañana» al mensajero que le trae la orden de retirada, demostrando saber gestionar mejor la crisis que el dubitativo y confuso gobierno. Algo, por lo demás, que ya había demostrado al negarse a arrasar otros puertos indefensos, como le ordenaba el gobierno, y conseguir que las represalias se limitaran a Valparaíso.

No vamos a repetir aquí las circunstancias del combate que tuvo lugar en una fecha tan entrañable para el patriotismo español como un 2 de mayo, por otra parte tan certero como exhaustivamente descrito y analizado en una obra bien reciente (11).

Recordaremos sin embargo unos cuantos datos: la escuadra española, compuesta de la fragata blindada *Numancia*, de las de hélice y casco de madera *Almansa, Berenguela, Blanca, Resolución* y *Villa de Madrid*, junto a la goleta *Vencedora*, totalizando unos 252 cañones, en general iguales o inferiores a los de la defensa, y de los que sólo la mitad podían hacer fuego por estar repartidos entre ambas bandas, se impuso incontestablemente a las fuerzas

(10) Ibíd. de 27-V-1866

(11) GARCÍA MARTÍNEZ, José Ramón: *El combate del 2 de Mayo de 1866 en El Callao.* Editorial Naval, Madrid, 1994.

peruanas, constituidas por 47 cañones de 32 y 68, análogos a los de nuestras fragatas; cinco Blakely de a 500 y cuatro Armstrong de a 300, dispuestos en torres acorazadas, y capaces, con uno sólo de sus proyectiles, de echar a pique o averiar gravemente a cualquiera de las fragatas; una escuadrilla compuesta de los monitores *Loa* y *Victoria*, y los vapores *Tumbes, Sachaca* y *Colón,* con torpedos de botalón y un total de otros 13 cañones. Aparte de todo ello, el puerto estaba, para la época, profusamente minado con armas que acababan de mostrar su letalidad en la guerra de Secesión norteamericana, así como de botes armados con cargas explosivas (12).

Se atribuye al almirante Nelson el juicio de que cada cañón emplazado en tierra vale por varios a bordo de un buque, y eso a igualdad de calibre y prestaciones. Y las experiencias recientes no hacían sino abonar aquella máxima. Por no hablar de la guerra civil de los Estados Unidos, cabe recordar que el bombardeo del puerto de Sebastopol, doce años antes, por una escuadra franco-británica, había mostrado palmariamente que los buques de madera no podían afrontar un combate con fortificaciones terrestres, surgiendo de aquella experiencia los primeros buques acorazados. ¡Y entonces los cañones franceses y británicos eran superiores en prestaciones a los rusos! (13).

Pero aún hubo más: la mejor oportunidad de los buques de guerra que deben atacar esas fortificaciones consiste en su movilidad, que les permite concentrar su fuego sobre parte de las baterías, e irlas batiendo sucesivamente. Y las peruanas de El Callao, en un despliegue lineal sobre la costa, se prestaban especialmente a aquella táctica. Pero Méndez Núñez estimó que tales cuestiones no eran de aplicación en las circunstancias de que se trataba: no podía quedar la menor duda del valor y de la determinación de la escuadra, ni pretendía obtener ningún triunfo relativamente fácil.

El resultado, tras cinco horas de combate, fue que, agotadas las municiones y ante una niebla que anuncia la caída de la noche, la escuadra española se retira cuando ya sólo contestan tres piezas enemigas, habiendo sido voladas, desmontadas o abandonadas el resto, y duramente castigada la escuadrilla enemiga, con un saldo total de entre 200 y 350 muertos, aparte de los heridos y de considerables daños en los almacenes y edificios oficiales del puerto. Todo ello a costa de graves averías en la *Berenguela* y *Villa de Madrid,* que deben abandonar el combate, y de 43 muertos, 83 heridos (incluyendo al propio Méndez Núñez, que se negó a dirigir el combate desde la seguridad del puesto de mando blindado) y 68 contusos en la escuadra española.

Y para que nadie dudara del resultado, y como último gesto de desafío, ordenado el alto el fuego y ante el derrotado enemigo, se ordenó subir a la

---

(12) Los datos extraídos de GARCÍA MARTÍNEZ, ob. cit.; sin embargo, los partes oficiales de la escuadra señalan reiteradamente la cifra de 92 cañones peruanos.

(13) GREENE, J. y MASSIGNANI, A.: *Ironclads at war. The origin and development of the armored warship, 1854-1891.* Combined Publishing. Pennsylvania, 1998, pp. 15-40.

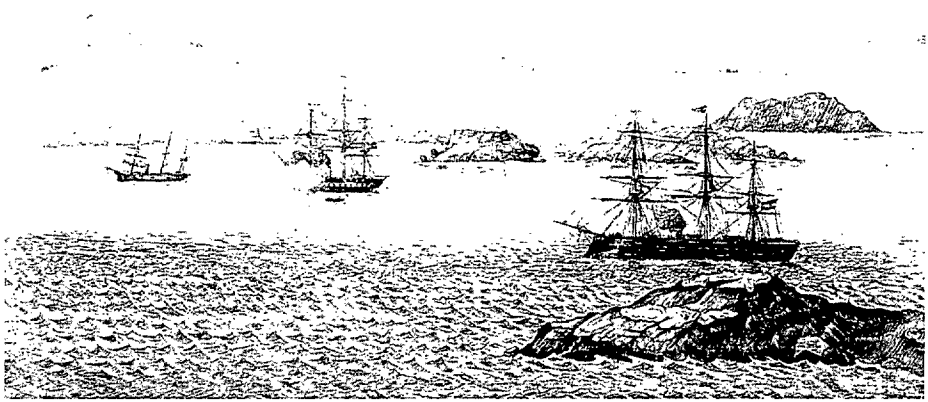
jarcia a las dotaciones, y saludar con tres vivas a la reina Isabel II, como era de rigor según las ordenanzas.

Los defensores consideraron el resultado como una victoria, al pretender haber rechazado a las fragatas atacantes e impedido un desembarco que nunca figuró en los planes españoles. Por otra parte resulta difícil imaginar qué es lo que debiera haber pasado para que se considerasen derrotados.

La noticia, si bien aún con pocos detalles sobre los hechos, llegó a España, provocando una explosión de júbilo popular. Bécquer, incluso recomendando cautela ante lo parco de las noticias, no pudo ser más expresivo:

«Hemos conseguido un triunfo. Querer dar idea del entusiasmo y del interés que han despertado en el país las últimas noticias recibidas del Pacífico sería desear un imposible. Durante los últimos días de la semana las más ardientes cuestiones, los más importantes asuntos políticos se han pospuesto a las infinitas versiones y comentarios con que el deseo y la esperanza adornan los breves partes telegráficos que nos dieron las nuevas. ¿Qué ha sucedido en El Callao? He aquí la pregunta esteriotipada en todos los labios en el momento que escribimos estas líneas y a la que sólo contesta el telégrafo con su desesperante concisión.»

«Verdad es que la fantasía no se detiene en barras, y lo que no ve lo presume, y lo que no acierta a presumir lo inventa. Merced a este procedimiento no faltan detalles en algunas publicaciones, y noticiero hay que cuenta lo sucedido como si hubiese presenciado la acción desde el tope de la *Numancia*. De estas relaciones prematuras debe desconfiarse siempre. Tomando como base la verdad conocida, cada cual presta la forma que mejor conviene a sus intereses y sus simpatías. Hasta el momento sólo puede decirse que el jefe de nuestra escuadra comienza a perfilar la virtuosa frase que pronunció contestando a los



La *Blanca* apresando al vapor paquete *De Maule*. Dibujo a plumilla de Javier de Santiago y Hoppe (1819-1886). Museo Naval. Madrid.

agentes diplomáticos de las potencias neutrales: Más quiere España honra sin barcos que barcos sin honra.»

«Fácil hubiera sido al Sr. Méndez Núñez, después del bombardeo de Valparaíso, continuar arrasando las poblaciones de las costas chilenas y peruanas que contaban con pocos medios de defensa, fácil le hubiera sido igualmente posesionarse desde luego de las Chinchas, asegurando así la indemnización de guerra al mismo tiempo que proporcionaba a la escuadra un punto de reposo, pero ni el rehuir el peligro es propio de hombres de su temple, ni cuadra al carácter de la cuestión que sostenemos con aquellas repúblicas atender a los intereses materiales antes que al de la honra.»

«El Perú había acumulado todos sus medios de defensa en El Callao, allí estaba, por decirlo así, el corazón de la liga, allí los únicos que, resguardados por las formidables fortificaciones, se atreverían a defenderse. Un deber de honor obligaba a nuestros valientes marinos ir allí en busca de esa honra que España desea, aunque para adquirirla, tuviésemos que perder algún barco.» (14).

Según se confirman y amplían las noticias, crece la alegría de toda la nación, que Bécquer recoge dando especial relieve a la reacción del Parlamento:

«La lectura de los partes oficiales ha dado ocasión en ambas cámaras a escenas de entusiasmo imposibles de describir. Suspendidas por un momento las más empeñadas y ardientes discusiones, depuestas en aras del patriotismo y de un elevado sentimiento de orgullo nacional las diferencias políticas que los separan, los representantes del país se han mostrado unánimes en su deseo de significar la admiración que en todos produce la conducta de nuestra valiente escuadra del Pacífico y del esforzado jefe que la dirige.» (15).

España, con honra y con Marina

Hasta ahora Bécquer ha sido sólo un comentarista de los hechos, más o menos sagaz y acertado, al ritmo de las escasas y tardías noticias que llegan del lejano escenario de lucha, pero llega el momento del juicio global sobre el significado de lo ocurrido, y en él, nuestro autor, de nuevo reflejando una opinión ampliamente compartida, anota con entusiasmo que el renacimiento de nuestra Armada es ya un hecho:

---

14) *El Mundo Ilustrado*, 10-VI-1866.
15) Ibíd., misma fecha.

«Tener buques no es tener Marina, suele decirse no sin falta de razón. Si los ejércitos de tierra no se improvisan, el personal apto para las luchas de los mares mucho menos. El ejemplo de las fragatas *Huáscar* e *Independencia*, magníficos buques blindados adquiridos por el Perú a fuerza de los mayores sacrificios, y que, sin embargo, les son casi inútiles por falta de gente práctica que los dirijan, viene a confirmar la opinión general sobre este asunto.»

«Rotas por un momento las gloriosas tradiciones de nuestra marina nacional por el miserable estado a que vino en época no muy lejana, no sólo en las apartadas regiones donde sostenemos la guerra, sino en los países que más exacta noticia podrían tener de nuestras cosas, dudábase aún que fuera una verdad su restablecimiento.»

«Unos construidos en nuestros arsenales, otros en los de Francia e Inglaterra, poco a poco, ha ido poblándose el mar con buques en cuyos altos mástiles ondeaba la bandera española. De año en año la estadística arrojaba un sensible aumento de las fuerzas navales del país, que, caído al más inconcebible estado de postración había ocupado no obstante uno de los primeros puestos entre las potencias que se llamaban dueñas del océano. Pero, tener buques no es tener Marina, seguían repitiendo los que ven con disgusto a España levantarse gradualmente a la altura a que está llamada por sus condiciones, por su posición y su historia. Los esforzados campeones de la honra nacional, que a las órdenes del bizarro y entendido jefe Sr. Méndez Núñez lavan en estos momentos con sangre enemiga el ultraje inferido a su bandera, están dando con su conducta y sus heroicos hechos cumplida respuesta a los que persisten en abrigar semejantes dudas.»

«El sufrimiento y la constancia que hacen sobrellevar con alegría y entusiasmo las más duras fatigas de tan rudo y trabajoso ejercicio, la pericia y el saber que le dan el dominio del terrible elemento en que vive, la serenidad y el valor que prestan ánimo para arriesgarse en las más difíciles empresas... He aquí las grandes cualidades que constituyen un buen marino.»

«De todas y de cada una de ellas han hecho alarde nuestros hermanos a los ojos del mundo. La *Numancia,* resolviendo el problema náutico planteado a propósito de la dificultad de conducir una embarcación blindada a tan remotas regiones, y la *Blanca* y la *Villa de Madrid* maniobrando bajo el fuego de los cañones enemigos y con la sola ayuda de una carta marina por entre los peligrosos bajíos y escollos del puerto de Abtao en Chiloé, han dado una prueba irrefutable de su práctica y sus grandes conocimientos.»

«En el rescate de la barca *Heredia*, hecha por una goleta en medio de un puerto enemigo, a la presencia de sus buques y de sus fuertes, en el combate de Chiloé, el bombardeo de Valparaíso, y por último, el ataque de El Callao, donde desdeñando todo género de ventajas han arrostrado nuestros marinos durante un día entero los disparos de más de 70 cañones monstruosos hasta lograr apagar sus fuegos, echar a pique los monitores y destruir gran parte de la ciudad, han ofrecido el más notable ejemplo de valor y arrojo.»

«Durante cuatro años consecutivos de estar en pie de guerra, cuatro años de sufrimientos y privaciones, en cuyo transcurso han carecido a veces de lo más necesario, teniendo que recurrir al ingenio, a un trabajo ímprobo y a una habilidad prodigiosa para reparar todos los desperfectos y averías propios de tan larga y peligrosa navegación, han hecho por último evidente las prendas de carácter que les adornan, la admirable disciplina a que se sujetan y la satisfacción y el entusiasmo con que saben sobrellevar los más rudos trabajos por servir a la Patria, que funda en ellos su esperanza y su orgullo.»

«Esta justicia, que no han podido menos de hacerles los hombres y las publicaciones más notables del extranjero, rectificará debidamente la errónea idea que acerca de nuestra verdadera significación se quiere hacer valer por los enemigos de las glorias de España.»

«Tenemos, pues, buques y tenemos Marina, porque nuestras costas dan de sobra gente de mar avezada a sus luchas, y contamos con bravos y entendidos oficiales que los dirijan. Esto es lo que importaba demostrar y esto es lo que hemos demostrado en la primera ocasión en que nuestra escuadra ha podido hacerlo.»

Creemos que sobran los comentarios. Bécquer, tras anotar el estado de decadencia de la Armada durante el reinado de Fernando VII, señala su recuperación en el de su hija Isabel II, cuando nuestra Armada volvió a figurar entre las primeras, en un más que digno cuarto o quinto puesto mundial. Pero no bastaba con tener buques; que teníamos todo lo demás que se precisa para poder alardear de una escuadra eficiente lo demostró la campaña del Pacífico, y en las más duras condiciones de todo tipo que quepa imaginar, de ahí la satisfacción y el orgullo resultantes.

A nuestro juicio, estas afirmaciones ya no son sólo la del periodista que se hace eco de unos acontecimientos, lo son de un hombre que siente profundamente lo que dice y que se alegra de ver cumplidos sus deseos de regeneración nacional, cuyo mejor barómetro es justamente el estado de sus fuerzas navales, representantes del prestigio del país en el exterior. Aunque en esto, como en tantas otras cuestiones, Bécquer no era más que el reflejo de la opinión general de los españoles.

Debemos matizar, sin embargo, en aras del rigor histórico, algunas afirmaciones poco exactas del autor, fruto de un conocimiento todavía incompleto de los hechos: ni todos los cañones de El Callao eran de grueso calibre, ni los monitores peruanos fueron echados a pique, aunque sufrieran un severo castigo.

Y en cuanto al incidente de la *Heredia*, tal vez convenga recordar los hechos, que se remontan a los comienzos del conflicto:

En abril de 1864, y cuando la escuadra en aguas peruanas se reducía a las fragatas *Resolución* y *Triunfo* y la goleta *Covadonga*, su jefe, entonces el

almirante Luis Hernández Pinzón, ordenó la ocupación de las islas Chinchas como garantía para obtener las satisfacciones exigidas al gobierno peruano. Cumplida la misión, quedaba en aguas de El Callao el bricbarca español *Heredia*, de la casa de este nombre en Málaga, lleno de ciudadanos españoles refugiados en él por el temor a ser objeto de represalias.

La llegada al puerto de los tres buques españoles el 15 de abril causó la consiguiente conmoción, preparándose para lo peor los ocho buques allí presentes de la escuadra peruana, al mando del contralmirante Valle Riestra, contando con el apoyo de los fuertes. Las dos fragatas españolas, listas para el combate, se situaron frente a la escuadra enemiga en medio de la mayor tensión, mientras que la pequeña *Covadonga* sacaba a remolque del puerto a la *Heredia*, cumpliéndose la misión sin que los buques o las baterías peruanas llegaran a intentar impedirla por la fuerza. El hecho motivó una propuesta de recompensas no sólo para los mandos, sino para las dotaciones (16).

El epílogo de la contienda

Tras el combate de El Callao, la escuadra española se dividió en dos agrupaciones, una al mando de Juan Bautista Antequera, comandante de la *Numancia*, con la blindada, la *Berenguela*, y los transportes *Marqués de la Victoria* y *N° 3*, regresaría a España vía Filipinas, con lo que la *Numancia* culminaría la primera vuelta al mundo de un acorazado, rememorando así la gesta de *Elcano,* mientras que el resto, al mando de Méndez Núñez, se dirigía hacia el Río de la Plata, en actitud defensiva, por si los buques recién comprados por el enemigo querían pasar al Atlántico para tomarse la revancha, o incluso por si fuera necesario volver al ataque sobre las costas chilenas y peruanas.

Los ya citados blindados *Huáscar* e *Independencia* podían constituir un serio peligro para nuestras fragatas de hélice, pues serían invulnerables a su fuego, y podrían echarlas a pique usando la entonces nueva y prometedora arma: el espolón. Se supo que los aliados estaban recurriendo a contratar marinos extranjeros para elevar la operatividad de su escuadra y que incluso habían conferido su mando a un marino de la recién derrotada Confederación norteamericana, el contralmirante John R. Tucker.

Aunque los aliados hicieron planes de lo más ambicioso, llegando a pensar en atacar Cuba o las Filipinas, todos esos proyectos quedaron en nada y la guerra fue languideciendo poco a poco. Los rumores, sin embargo, persistían, y uno de ellos, del que se hizo eco el propio Bécquer, pretendía que las cuatro fragatas habían topado cerca del estrecho de Magallanes con los dos blindados peruanos y que, pese a su inferioridad y a perderse la *Almansa*, habían conse-

(16) Documentos relativos a la Campaña del Pacífico, ob. cit. Vol III, pp. 21-22 y 106-109.

guido apresar al abordaje a los dos enemigos. Por supuesto que la noticia era falsa, pero toda hazaña parecía pequeña a la hora de atribuírsela a los marinos españoles.

Los temidos blindados peruanos, al mando del capitán de navío José María Salcedo, se limitaron a apresar dos mercantes españoles durante su travesía, los *Manuel* y *Pepita Victorina*. Los aliados contaban aún con otros barcos adquiridos en Europa, uno de ellos, la corbeta *Tornado*, construida en principio por encargo de la Confederación y luego adquirida por Chile, fue apresada cerca de las Madeira, el 22 de agosto de 1866; por la fragata española *Gerona*, al mando del capitán de navío Benito Ruiz de la Escalera, en la que fue unas de las últimas operaciones de una guerra que nunca debió tener lugar.

El «Mundo Ilustrado» se hizo eco de la captura en su número de 2 de septiembre, que venía más que a compensar la pérdida de la *Covadonga*, al menos en el aspecto material, pues la *Tornado* se rindió sin combatir, ya que aún no había recibido su armamento. Pero tal noticia no pudo ser reseñada por Bécquer, que había cesado sus colaboraciones en la revista desde agosto.

Desconocemos si Bécquer tuvo otras oportunidades, a lo largo de su corta pero intensa vida, de hablar con el acierto y entusiasmo que hemos podido comprobar de nuestra Marina y de rememorar lo aprendido en sus cerca de dos años en el San Telmo sevillano, pero creemos que basta con lo expuesto para situar, de forma tan sorprendente como satisfactoria para los que compartimos la afición a la mar, al ilustre escritor romántico entre nuestros navalistas.

Agustín R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Doctor en História Contemporánea